

*Velada en la biblioteca**

Daniel Felipe Martínez Gamboa

(Colombia, 1992-v.)

Abogado de la Universidad Nacional de Colombia y Especialista en Justicia, Víctimas y Construcción de Paz de la misma institución; Magíster en Escritura Creativa del Instituto Caro y Cuervo. Autor de un capítulo de libro y un artículo.



Resumen

Este cuento describe, en primera persona, cómo la mala noticia de una pésima calificación en un examen se convierte en la excusa para que el protagonista pueda planear una noche de estudio con la chica que le gusta, aprovechando la nueva jornada de veinticuatro horas de la biblioteca de la universidad.

Palabras clave

Confesión, desamor, romance, universidad

*Segundo lugar en el VIII Concurso de Cuento Corto UNAL en la Web, Universidad Nacional de Colombia Sede Medellín, 2020.

Aún veo al profesor mirarme complacido al levantarme tan rápido del puesto y entregarle las hojas del primer parcial de contratos, pero veo más clara aún la decepción en su rostro cuando adivinó en mis ojos la desidia con la que se afrontan las causas perdidas, como lo eran ese pequeño arrume de hojas cargadas de todo, menos de conocimiento.

Afortunadamente para mí, el descalabre con el tema de las notas fue general, por lo que la mayoría comenzó a cancelar sus planes de socializar las siguientes semanas para enclaustrarse en la biblioteca. Eran buenas noticias, ya que desde el momento mismo en que anunciaron la apertura de la biblioteca veinticuatro horas el plan para compensar mi terrible falta de valentía se formó en mi mente, solo me faltaba encontrar un grupo de estudio.

Pero mi dicha no era por el estudio, era por la posibilidad de que ella estuviera casualmente en ese mismo grupo. Casualidad que no pude haber ejecutado de mejor manera; aparecí por el costado justo cuando entre sus más cercanos se fraguaban los detalles y la fecha, y el chiste sobre la posible necesidad de proveerse de sacos de dormir me permitió una entrada casual y más bien divertida a la discusión. Sin darme cuenta, ya estaba dentro y el martes previo al parcial pernoctaríamos en torno al código civil.

La velada se perfilaba ideal. La posibilidad de pernoctar en el campus y no como consecuencia de un viernes cultural salido de madres no dejaba inquieto a mi niño interior, que años atrás soñaba con pasar así fuera una noche de acampada con sus compañeros en el colegio. El plus de la presencia de ella y las infinitas posibilidades que eso traía no hacían sino darme una visión hartamente placentera del derecho privado.

Alrededor de las ocho fuimos llegando al segundo piso de la biblioteca, que estaba particularmente fría esa noche; me sonreí de haberme equipado con el saco de dormir y sabiendo que ella llegaría tarde comenzamos a estudiar. Yo copiaba los puntos clave que mis compañeros señalaban, y asentía serena y sobriamente

con los debates que planteaban siendo bastante inútil en el proceso, pero resguardado en el arte vástago que es la retórica vacía.

El corazón se me trepó a la garganta cuando reconocí su cabello crespo subiendo las escaleras; para mi dicha, los ángeles habían querido que la silla libre fuera justamente la de mi izquierda. La incomodidad que sentí después debió ser precisamente mi corazón bajando de la garganta al culo cuando vi que arrastraba tras de sí los crespos de su pareja, quien muy amablemente se presentó, mientras se sentaba a mi izquierda.

El resultado de mi plan no fue sino un digno 3,0 adornando mi nota final; a ella la seguí añorando con una cobardía sublime y sé que hoy es muy feliz con otra pareja. Mi recuerdo durmiendo a las tres de la madrugada en la biblioteca de la universidad, envuelto en un saco de dormir y mecateando las papas fritas que traía escondidas su acompañante, es aún uno de los más gratos que tengo de mi paso por la universidad.